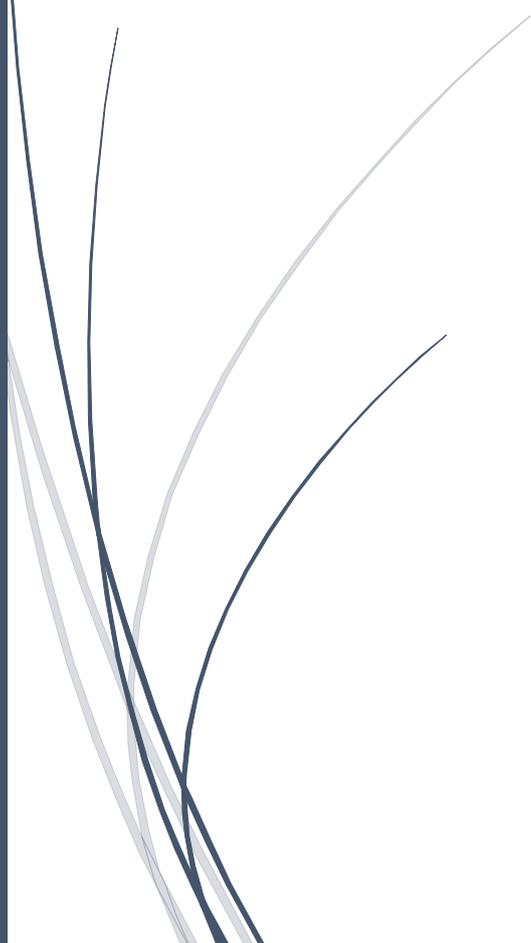


PARTICIPANTE: RELATO  
FLAMENCO 7

TÍTULO: Yo, yo mismo e Irene

SEUDÓNIMO: Carmen Linares

CATEGORÍA: Relatos flamencos



Irene nació con un nido de jilgueros en sus cuerdas vocales. Apenas tendría cuatro o cinco primaveras cuando ya se arrancaba por fandanguillos en cualquier rincón del pueblo y hacía volverse a los que la oían con la sensación de estar asistiendo a algo inaudito y extraordinario, al nacimiento de una diva, un fenómeno que a buen seguro no iba a repetirse en muchos lustros.

Cantaba sin hacerse de rogar cuando sus padres referían su don a los amigos, quienes no alcanzaban a imaginarse en absoluto el talento de la mocosa hasta que la nena se entonaba, por bulerías o por pajaronas, y no daban crédito a que todo aquel derroche de talento pudiese salir de una garganta tan tierna.

Para ella era algo que le nacía dentro, sin esforzarse; además se aprendía las letras con una facilidad pasmosa: incluso antes de manejar la lectura, ya urdía más de cincuenta composiciones en su repertorio, de memoria, tras oírse las cantar a los artistas en los discos de su padre, gran amante del flamenco y principal valedor suyo desde que se sorprendiera escuchándola por primera vez, remedando unas peteneras de Carmen Linares que sonaban por la radio.

Yo siempre he sido un buen amigo de su hermano, ambos tres años mayores que ella, y por este motivo he frecuentado su casa desde que recuerdo. Los pasillos de aquel domicilio rezumaban a todas horas acordes vocales de la nena. El patio trasero, en el que su padre construyó una especie de escenario -con cuatro bidones rellenos de arena y unas tablas de andamio- en cuanto advirtió las dotes de Irene, se convirtió en su lugar preferido. Se subía a lo alto del promontorio por una escalera vieja adosada a la parte trasera, con unos zapatos de tacón de su madre en los que le bailaban los pies y sobre los que hacía filigranas para mantenerse en equilibrio. Siempre portaba una flor en el pelo, bien fuera natural o bien de trapo, según la época; los labios pintarrajeados con carmín muy vivo, los párpados maquillados como Dios le daba a entender y un lunar pintado en la mejilla que no se le olvidaba nunca. Ofrecía conciertos gratuitos a quien quisiera escucharla a cualquier hora del día o de la noche, unas veces con público y otras con las macetas de helechos y de aspidistras como únicos palmeros. Aunque estuviera sola, ella misma se presentaba al imaginario respetable con una introducción solemne, calcada a las que oía en televisión cuando anunciaban a Rocío Jurado o a María del Monte, y hacía ademanes de saludo antes de transformarse en la semilla artística que fructificaría luego en el torbellino que yo conozco.

Su voz privilegiada abarcaba todos los géneros, pero desde siempre su gusto flamenco predominó sobre el resto de variedades, sin desdeñar nunca la copla. Era frecuente oírle entonarse por cualquier palo, subida en aquel pedestal del patio que le había improvisado su padre en cuatro ratos perdidos. Conforme fue creciendo la niña su enorme curiosidad musical la llevó a ser asidua de los dos cantaores oficiales que vivían en nuestro pueblo: mi tío abuelo Paco y una gitana forastera que se casó con uno de aquí y desde entonces animaba las celebraciones sociales y las adornaba con sus jipíos. La cantaora era más de palos ligeros, si es que en el flamenco se puede tildar así alguna de sus ramas, y mi pariente, además de erudito del tema, se gustaba y se reconocía más en la parte “jonda” del Arte. Irene se bebía los consejos y las correcciones de ambos, a los que visitaba siempre que podía; por separado, para digerir mejor sus enseñanzas y no enfrentar sus concepciones, y con quienes iba profundizando en las esencias del cante a pasos superlativos.

Hasta que no llegamos a la adolescencia fuimos dos extraños que coincidían por los pasillos de su casa o subiendo y bajando las escaleras que llevaban a la habitación de su hermano, casi siempre inadvertidos, haciendo como si el otro no existiera; pero al alcanzar la pubertad tuve la intuición de que algo lento e imparable se instalaría en mí y muy pronto fui consciente de que Irene sería el amor de mi vida, la única mujer a la que entregaría mi corazón. Me quedaba absorto oyéndola cantar sin que nadie me viera y me moría de vergüenza si ella me descubría escuchándola desde algún rincón del patio. La torpeza me invadía en cuanto estábamos a menos de cinco metros de distancia, sintiéndome ridículo e incapaz de atraerla. Por aquel entonces se me ocurrió ganarme su confianza y su cariño con pequeños poemas que le colaba por debajo de su puerta, al principio sin firmar y, luego, como pidiéndole opinión, y que no eran otra cosa que artimañas inocentes de un muchacho muy tímido que quería enamorarla. Supuse que conociéndome más a fondo ella sentiría lo mismo que yo, pues todos pensamos en nosotros mismos como en genuinos esbozos de la perfección divina y achacamos el fracaso en una relación a que se nos conoce poco, a que la otra persona no ha sido capaz de llegar a lo más profundo de nuestro ser o, si es tan patético como yo, a creer que no hemos sido lo suficientemente buenos mostrando nuestro mejor versión.

Pronto cambié los pequeños poemas romanticoides por estrofas de cante sencillas: peteneras, algún fandango y pajaronas fueron encontrando en mí escritura cierta pericia y sentimiento. ya que comprobé que estaban más a tono con sus intereses artísticos. Yo, en cuanto tenía las estrofas pergeñadas estaba deseando ofrecérselas a Irene para que las

entonara por lo bajini y ver en sus ojos una felicidad extraña si las rimas y las palabras escogidas le sonaban bien. Sin embargo, pronto intuí –siempre me he creído dueño de una cualidad que me mostraba interiormente lo que iba a pasar- que ella jamás se enamoraría de mí. Fue un baño de realidad que no iba a poder digerir a mis diecisiete años y que estaba convencido en el fondo que no se enmendaría con el tiempo. Conseguí su amistad y cualquiera que nos hubiese visto riendo o ensayando alguna de mis composiciones en los años siguientes, podría haber pensado que el amor estaba levantando acta ante sus ojos. A veces me engañaba yo solo y dejaba a mi fantasía imaginar que ella acabaría queriéndome, que era cuestión de perseverancia. Entonces la inspiración me dictaba letras dulces que a poco que ella las entonaba se quedaban huecas y no decían nada porque las interpretaba sin ni siquiera mirarme a los ojos o rozarme la muñeca con sus dedos temblorosos. Así surgieron estrofas como:

Si me atrevo a decirte  
lo que te quiero  
mirándote a los ojos  
se funde el hielo.

No crece en el barbecho  
de mi camisa  
una flor más preciosa  
que tu sonrisa.

Poco a poco la amistad para ella y el amor para mí nos fueron convirtiendo en inseparables y nuestra sociedad musical –sobre todo alentada por su inconmensurable talento- fructificó en recitales en los que el público la aplaudía sin parar y cuyas migajas de éxito yo recogía desde la tramoya. Los pueblos vecinos primero y Córdoba después se rindieron a su voz y a mis rimas. Aunque delante de ella me mostraba extrovertido y parecía feliz, en el fondo de mi alma tenía su almacén la desdicha. Parecía increíble que nunca surgiera el tema del amor entre nosotros como hilo de la conversación y eso que muchas veces ella me sorprendía admirándola perplejo y obnubilado, ocasión pintiparada para haberle aclarado los interrogantes de sus pupilas si hubiese detectado tales signos en el cristal de sus ojos.

Le compuse muchísimas tonadas de los más diversos palos hasta que comprendí que debía alejarme de ella si no quería consumirme. Mi última entrega la deslicé en un sobre por debajo de su puerta, como cuando éramos niños, junto a una carta ambigua en la que me despedía de ella achacando motivos profesionales en la otra punta de Andalucía, pues ya era reconocido como autor notable entre los amantes del cante jondo y mis trabajos me permitían vivir de esto. Se titulaba, como no podía ser de otra forma “Despedida”:

Entre aceitunas verdes  
nacen mis penas  
y cuando pasa el tiempo  
se vuelven negras.

Lágrimas sin consuelo,  
lágrimas verdes,  
para regar mis campos  
si no me quieres.

He dejado mi yegua  
junto a tu pozo  
y he mirado hacia abajo  
por ver tus ojos.

Por ver tus ojos, niña,  
tus ojos negros,  
que encienden los candiles  
de mis ensueños.

Esta noche en el baile  
si me desprecias  
y me dices que no...  
lágrimas negras.

Y efectivamente había una verbena en la plaza del pueblo por ser las fiestas de nuestro patrón. El autobús paraba a las doce de la noche y hacia él me dirigía con mi pequeña maleta, más llena de desencanto que de pantalones y camisas. Desde mi casa a la parada apenas había quinientos metros, pero tenía que atravesar necesariamente el recinto festivo y en él me fui despidiendo de mis amigos, quienes al contemplarme con aspecto de emigrante, valija en mano, no daban crédito a mis excusas para marcharme en plenas fiestas. Con el rabillo del ojo la busqué entre las mesas y entre los danzarines sin hallar el mínimo rastro de su presencia.

Pronto vislumbré la marquesina donde el autocar estaba a punto de detenerse, por lo que salí corriendo en dirección al mismo con tan mala fortuna que tropecé y caí de bruces contra el empedrado de la acera. Debí perder el conocimiento y casi hubiese jurado que morí y desperté en el cielo, porque al recobrar la consciencia –además de un grupo nutrido de mujeres mayores dando consejos sobre lo más conveniente en casos de una conmoción cerebral- estaba Irene, con mi cabeza en su regazo. Solamente me miró con una ternura que no le había conocido hasta ahora y, tras besarme, me cantó al oído:

Esta noche en el baile,  
si me preguntas,  
te diré que podemos  
juntar las yuntas.

Fin